

Sesenta y seis

Alexander Devenir

Por las noches no puedo dormir, me siento muy cansado por el trabajo que realizo en casa durante el día, pero en cuanto me recuesto el sueño se me va y mi mente recorre arbitrariamente diferentes etapas de mi vida, creo que es un efecto del confinamiento, intenta dormir, me digo inútilmente. Transcurren las horas y pienso en las malas decisiones que he tomado a lo largo de mi vida, sobre todo aquellas que conciernen a los hombres que he amado, pienso que a lo mejor alguno de ellos me llegó a estimar o a querer por lo menos un poco. Paso lista de cada uno y pronuncio sus nombres en voz baja como si rezara, los nombres son los mismos siempre, pero ayer a diferencia de otras noches, me llegó el recuerdo uno.

Uno que se estaba escapando de mis recuerdos.

Uno que jamás podrá volver.

Uno se llama Lucho. No puedo recordar su verdadero nombre y no pienso investigar cuál tiene que ser el nombre de uno para que le digan Lucho. Además, no necesariamente tendría que aplicar para mi Lucho, de chicos nos ponen apodos que acarreamos a lo largo de la vida, tengo amigos que heredaron el apodo de sus padres, como Boni, mi compañero de la universidad que su padre era un famoso narrador de partidos de futbol y le nombraban igual. Lo mismo le pasó a mi guapísimo Chicharito Hernández ¿qué, no?

A Lucho lo conocí una noche de fiesta, había sido la presentación de un libro del Vampiro en el Café Alondra. Cuando terminó el evento el autor nos invitó a seguir el brindis a su casa y

así hicimos. Yo llevaba auto y comenté, ¿alguien quiere raite?, él fue el primero en decir, yo. Se sentó a mi lado y me puso nervioso todo el camino, mi mano rozaba levemente su pierna cada vez que cambiaba de velocidad del auto al manejar. Lucho sabía que me había gustado.

Otras noches diferentes a esta ya estaría espiando en las redes sociales a los hombres de mi pasado para saber qué fue de ellos, pero sabía que con Lucho sería inútil, su presencia sería efímero como la luz de un trueno.

Mi vecina pone su radio a todo volumen desde temprano y me despierta. Todos los días le gusta escuchar el número de contagios, el número de recuperados y sobre todo el número de muertos por COVID. Bebo mi café de malas y continuo así el resto del día hasta que vuelvo a mi cama y me vuelve a asaltar la imagen de Lucho, su cuerpo flaco, sus ojos negros y su poco cabello.

En la casa del Vampiro bebimos varias copas con vino tinto que probablemente llenarían varias botellas. Lucho me preguntó a qué me dedicaba, le dije la verdad, que era cajero en un banco, que cuando quisiera una tarjeta de crédito me buscara. Jamás pensé que alguien como tú le gustara la literatura, me dijo, sí puso énfasis en tú. ¿Cómo alguien como yo? ¿Cómo interpreto eso?, le dije. Él no supo qué decir y me besó.

Buscamos el lugar más apartado dentro de la casa y seguimos besándonos, hasta que el Vampiro nos descubrió a medio faje, era de madrugada y dijo que se sentía cansado y que la fiesta tenía que terminar.

Intenté manejar pero no pude siquiera dar la vuelta al volante. Estaba demasiado tomado. Lucho se ofreció a manejar, durante el trayecto a mi casa me quedé dormido. Ese fue mi último recuerdo y mi última imagen de la noche, hasta que abrí los ojos y estaba en esta misma cama, en la que no he podido

dormir bien desde que inició la contingencia. Lucho estaba a mi lado y ya era de día. Lucho fue mi ángel de la guarda aquella noche, me gustas, fue lo primero que dijo. Nos despedimos y pensé que nos volveríamos a ver muy pronto y comenzar a salir, pero no fue así.

Un buen día un par de años después me contactó porque vendía boletos para una rifa de varios libros porque necesitaba una operación en la espalda y estaba recaudando dinero. Pensé que te interesaría, me dijo. Le dije que con gusto le compraba varios, y me los entregó días después en la puerta de mi casa, no me recordó nada de lo sucedido la última vez y yo se lo agradecí, la verdad aún tenía vergüenza con él y conmigo mismo, pude haber muerto al chocar por manejar en estado de ebriedad. Al despedirme le agradecí haber sido mi ángel de la guarda aquella noche. Solo sonrió.

Sigo sin poder dormir. Llevo sesenta y cinco días encerrado. Me prometí no contar los días pero no pude evitarlo. El confinamiento ha hecho estragos en mis inútiles esperanzas de futuro, no sé si conoceré a más hombres. Lucho pasará a ser otro nombre de los que repaso por las noches mientras escucho el sonido del noticiario de mi vecina y del cual solo distingo la palabra C O V I D, una y otra vez.

Pasaron otros años y entré a trabajar a otro banco, agregué a varios nuevos colegas a mis amigos en redes sociales, y una noche de insomnio parecida a esta, vi que Tere, una de mis compañeras, publicó una fotografía de Lucho, yo lo había buscado en redes sociales y a su número celular pero sin tener éxito.

Al siguiente día me armé de valor y fui a su cubículo.

—Tere, ¿conoces a Lucho?

Ella se mostró desconcertada pero siguió mi conversación.

—Sí, ¿Por qué?

—Yo también, lo conocí en una presentación de un libro.

Moría de ganas por contarle mi anécdota con él.

—Sí, le gustaban mucho los libros.

—Y los hombres, igual que a mí. ¿Sí sabías?

Agregué y ambos reímos.

—Sí sabía.

Se puso seria y reparé en la conjugación de su verbo “gustaban” y quise aclarar mi confusión.

—¿Ya no le gustan los libros?

—Lucho murió.

Me estremecí.

—¿Sabes de qué murió?

Me atreví a preguntar sabiendo que era incómodo y fuera de lugar, pero quería saber. —De repente comenzó a beber mucho alcohol y algo le pasó en el estómago.

—¿Cirrosis?

Le sugerí, pero no supo decirme.

Sentí tristeza de saber que alguien que me salvó la vida ya no estaba más y nadie sabía lo que había hecho por mí ni lo bien que besaba y lo nervioso que me ponía. Mi duelo es reconocer lo que perdí de mí en Lucho.

Ya va a amanecer y será mi día sesenta y seis de confinamiento.

De recién me acordé, se llamaba Lucio, no tenía gran ciencia el apodo.